

LOS LIBROS

NOVELA

CUANDO MI TIERRA NACIÓ. ATARDECER, por *Iris*.

La novela histórica (1) de la señora Inés Echeverría de Larraín (*Iris*), recientemente publicada, forma parte de un ciclo que se propone escribir la autora, novelando la vida chilena desde los albores del siglo pasado.

El género elegido por la autora parece no ser el más acorde con sus ricas facultades espirituales y presenta para su desarrollo escollos de consideración. La novela histórica, que tuvo su cuarto de hora de gloria, algo lejano ya, no ha tenido en las letras chilenas ejemplares dignos de recordación, si se exceptúa la obra de don Alberto Blest Gana *Durante la Reconquista* que, junto con ser la más completa novela histórica chilena, es, nuestro juicio, la mejor obra de su autor.

Ha recordado un crítico a propósito de la obra que comentamos, una frase aplicada a la autora y que creemos muy justa. «Tiene más talento del que puede admi-

nistrar.» En realidad, recordamos que cuando conocimos a la señora Echeverría de Larraín nos maravilló la charladora insuperable que encontramos. Aguda, de una inteligencia penetrante, dotada del don de la ironía más sana, de gran cultura y, por sobre todo, de una elegancia y magnificencia orientales en su lenguaje, donde el castellano había pasado por diversos arcaísmos del mejor gusto y había sido mesurado por el espíritu de Francia, bebido por la señora Echeverría en el propio suelo francés, nos vimos ante una mujer de selección, artista de nacimiento y de quien esperábamos obras de arte.

La novela última de ella sólo en parte puede merecer el calificativo de obra de arte completa. Ha pintado en ella el nacimiento de nuestra República, los años dolorosos y lejanos de la Patria Vieja, y para ello nos ha mostrado dos núcleos familiares, uno en Santiago y otro en Peñalolén, unidos por vínculos fraternales, alrededor de los que gira la vida del Santiago de 1812 y 13 y en la que brilla, con luz propia, don José Miguel Carrera, a quien la autora profesa una admiración rendida.

(1) Nascimento. Santiago, 1930.

Una larga y vieja amistad, acrecentada en el transcurso del vivir cotidiano, nos une con los propietarios de Peñalolén, y en el parque de la hacienda hemos pasado más de una temporada gratísima de nuestra adolescencia y de nuestra juventud. Hemos querido, sin embargo, encontrar algún rasgo del Peñalolén que conocemos en *Cuando mi tierra nació...* y a pesar del empeño gastado, nos ha sido imposible. Por muy cambiado que se encuentre el Peñalolén actual respecto a aquel de 1812, cuando era su dueño don Juan Egaña, las descripciones del ambiente de la naturaleza del indicado paraje nos han parecido desprovistas de la observación de la realidad del ambiente, hasta tal punto que si la autora no nos dice que es Peñalolén el retiro de doña Beatriz Aranda de Toledo, no nos habríamos imaginado nunca que lo era.

En las páginas 7, 8 y 212, al tratarse de descripciones del parque de la hacienda, puede comprobarse fácilmente la veracidad de nuestras afirmaciones.

Viven en el retiro de Peñalolén, en la novela de Iris, su dueña, Beatriz Aranda de Toledo y su hija Alba, dos mujeres de cultivado espíritu y de intenso refinamiento sensitivo y artístico, que de haber existido en esos años lejanos habrían dejado una huella más honda que una novela en la vida chilena. Ellas son las figuras principales, y en ellas precisamente se concentran todas las cualidades y todos los defectos de la obra. Dominadas por lecturas y aficiones teosóficas

y espiritualistas de Oriente, que (de más está decirlo) no se conocían en los años en que transcurre la obra, viven pendientes del eterno misterio de la Naturaleza, y todos los fenómenos que en ella ocurren adquieren para sus mentes una simbología extraña. El vuelo de los pájaros, la caída de las hojas, las puestas del sol, son analizadas con rasgos augúricos, y tienen profundas trascendencia en la vida espiritual de las damas de Peñalolén y alteran en más de una ocasión su salud y sus nervios. Las ideas y los sentimientos, en un estado de ánimo así, tienen caracteres diversos de aquellos que ostentan en la vida corriente, y el predominio del espíritu sugerente de Beatriz y Alba las hace pensar, sentir y hablar en un bellissimo lenguaje extraño. Ante una madrugada, la hija le dice a su madre:

Las visiones tan fantásticas que dan la madrugada y el crepúsculo se me convierten en imágenes transparentes, de otro mundo invisible al que la Naturaleza sirve de espejo. Creyó no haberse expresado bien, y continuó: La materia sensible se me figura un velo espiritual tirado ante los ojos, para que nuestra videncia interna lo desgarré siquiera a trechos y logremos penetrar el otro mundo oculto... (Pág. 11.)

Pero espíritus así no tienen necesidad de añorar la penetración en ese «mundo invisible», «oculto», pues viven permanentemente en él. Así lo podemos comprobar en las páginas 43, 45, 88, 102, 138, 164, 205, 228, 244, 247, 276, 296,

en que ellas y la Naturaleza toman caracteres misteriosos de esotéricas interpretaciones de las realidades del mundo. Por eso no debemos extrañarnos de que hasta acontecimientos muy simples como el pitazo del sereno y los gritos de un tortillero (pág. 37), adquieran trascendencia social y hasta continental y que Alba pareciera a los ojos de Pablo, el francés amigo de Carrera, «solitaria, distante y nimbada de invisible claridad». (Pág. 75.) En las páginas 26, 90, 121, 125, 138, 146, 160, 174, 175, 176, 253, también encontramos, en diversas frases pintorescas, buen manejo para una selección, comprobada la característica señalada que envuelve a los personajes y a las cosas que los rodean en un oriental misterio inaclarable.

Un espíritu así, claro está, se siente incómodo ante las rígidas reglas gramaticales y por eso quizás encontramos que los verbos, en más de una ocasión están empleados en tiempos diversos no concordantes:

Floridos de milagro los durazneros *ilusionaban* de rosa el campo... Los deshielos que *vierten* en bulliciosas cascadas, etc. (Pág. 8.)

Casos similares encontramos en las páginas 32, 123, 129, 172, 315, que aunque no siempre envuelven incorrecciones apreciables, marcan cacofonías y asperezas en los períodos, que los hacen desmerecer y desentonar. Los adjetivos se resienten asimismo de profusión, causada por el rico temperamento de la autora, y las más de las veces inútil.

Los ojos de Apolinaria, una mujer del pueblo, «traen piedad, asombro e inquietud» (pág. 14) y en las páginas 79, 87, 136, 193, 243 vemos que la adjetivación, prodigada con largueza, oscurece y debilita los sujetos a que se aplica.

La familia que vive en Santiago, doña Cruz Aranda de Iturgoyen y sus hijos, compone un grupo más asentado en la realidad de esta vida. Vegeta en la rutina, el catolicismo y las convenciones y prejuicios de la clase social a que pertenece, y sin saber nada de este mundo, sino lo que puede exigir la satisfacción inmediata de los instintos y apetitos, no tiene conocimiento del otro, donde viven Alba y Beatriz, sino por las charlas sobre el purgatorio, el infierno y demás castigos extraterrenos, con que un canónigo, don Pascual, ameniza sus días muertos. Dolores y Conchita, miembros de esta familia, quieren escaparse de un ambiente así: la primera queda extenuada e imposibilitada para hacerlo por la fidelidad con que su marido cumple el precepto relativo a la necesaria multiplicación de la especie, y la segunda se entrega en alma, y después en cuerpo, a la pasión que en ella despierta don José Miguel Carrera.

Don José Miguel Carrera pasa por las páginas del libro como una gran sombra animadora, y su actitud demagógica prematura, sus arranques apasionados y sentimentales su arrogancia para mirar el negro porvenir de su destino, que sus amigas Alba y Beatriz por especiales condiciones conocían muy

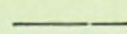
bien, lo hacen acercarse demasiado a un político brillante, ausente hoy día del país, de quien tiene más de de un rasgo.

Pero si de lo que hemos dicho pudiera desprenderse una impresión desfavorable de la obra, debemos declarar que el conjunto de ella revela cualidades de primer orden. Precisamente hemos señalado algunos defectos que desentonan en la novela, y que provienen a nuestro juicio de que el género novelesco es un marco estrecho para la autora, porque los aciertos de composición y de estilo llenan casi todas sus páginas. Estos aciertos son los que hacen la obra de lectura fácil, interesante y agradable. El toque de queda, la descripción del matrimonio de Conchita, una noche que iba vencida (pág. 131), y los que resaltan en las págs. 17, 18, 19, 32, 42, 68, 72, 100, 154, 184, 185, 241, 247, 282, 283, 286, y en todo el final 326 a 343, forman un conjunto de aciertos estilísticos y de composición notables. El estilo de la autora, que parece apretado y encasillado en el marco estrecho de una frase corta y golpeada, adquiere fluidez y toma giros de bellísima novedad. Y por sobre todo esto hay un espíritu que verifica toda la obra. Es el espíritu de la autora que presta a las páginas de su novela un encanto singular. No nos importe que de algunos personajes podamos decir lo que Pablo Alba:

Temo que se me escape Ud por alguna cumbre espiritual a que yo no podré alcanzar (Pág. 176),

y que de hecho se nos escapen,

porque en la obra total alienta el espíritu artístico—indefinible y extraño—que nos permite esperar de la autora la obra definitiva que es capaz de hacer; esa obra que no ha podido realizar en esta novela, por el cariño que ha puesto en ella, el que, ¡cariño al fin!, la ha traicionado en las ocasiones señaladas.—*Abel Valdés A.*



UN GORRIÓN BORRACHO, por *Esteban F. Garzón.*

En una partida de libros que encargamos a Argentina, pedimos los cuentos a que nos hemos referido. Para ello evocamos el nombre de Eugenio Garzón, aquel brillante cronista uruguayo que de su vida de París dejó en periódicos y revistas las mejores muestras de su ingenio y de su estilo, y nos sedujo también—¿por qué no decirlo—el título y la advertencia de una segunda edición. Con el libro en nuestro poder, supimos que su autor era doctor... , no sabemos en qué ciencias o en qué ramos (1).

Nunca lo hiciéramos. El señor Garzón queda fuera de la literatura, del más elemental criterio artístico, y con la publicación de sus cuentos solo revela una osadía curiosa.

Veámoslo. Se compone el libro de once cuentos, si así pudiera llamárseles, alrededor de la vida de los animales y de escenas campesinas. Pero muestran una inep-

(1) Imp. Mercatalí. Buenos Aires, 1929.